

Las cifras de la perfección

José Pascual Buxó



Jerry Orson, Héctor Mendoza, Rosario Castellanos, Clementina Díaz y de Ovando, Emmanuel Carballo y Juan Rulfo. Generación 1953-1954

Desde hace años —más de los que yo mismo quisiera acordarme— guardo cerca de mí la carta enviada por Francesco Petrarca a su amado Giovanni Boccaccio “diciéndole que la edad no debe ser motivo para abandonar los estudios”. En aquella remota tarde del 28 de abril de 1373, el cantor de Laura rechaza el consejo de su amigo para que, ya cumplida la magna tarea de poeta y humanista que todos le reconocen, halle consuelo a los desmanes del tiempo entregándose al “sueño y la indolencia”. Nada de esto, replica Petrarca: la vejez no debe aconsejarnos adoptar un nuevo estilo de vida que nos haga abandonar los estudios emprendidos desde la juventud, ni puede ser el ocio un bálsamo para los muchos años de fatigas. Contra las vanas pretensiones del vulgo, “lo que yo querría —dice el septuagenario Petrarca, con la sincera modestia a la que suelen llegar los espíritus verdaderamente grandes— no es ser más joven, sino haber vivido entregado a afanes más nobles y a estudios más serios, pues nada me duele tanto como

no haber llegado a donde debía en un plazo tan largo”. Porque el estudio —añade— además de ser “el más noble de los placeres de este mundo, es también el más duradero, el más suave, el más fiel, el más fácil de procurarse y el que menos hastío engendra”.

De igual modo respondería Clementina Díaz y de Ovando si alguno se atreviera a darle ese importuno consejo, porque para ella leer y escribir no son siquiera una leve fatiga, sino un “grato descanso”. Y diría también, quizá con las mismas voces de Petrarca, aunque llenándolas de su más íntima sustancia, que el cálamo “deleita mientras se tiene en la mano, y cuando se ha dejado, de él se benefician, no sólo sus poseedores, sino muchos otros, entre los que a menudo se cuentan habitantes de tierras lejanas y alguna vez personas nacidas mil años después”.

Clementina nunca se ha dejado vencer por la ociosidad; espoleada desde sus primeros años por una curiosidad intelectual sin treguas, el Romancero castellano, no

Al tiempo que se deleitaba leyendo y escribiendo acerca de las gestas caballerescas e impartía lecciones literarias en la Escuela Nacional Preparatoria, se interesó Clementina por nuestro mundo virreinal.

menos que sus frecuentes resonancias en las desastrosas gestas de la conquista del Nuevo Mundo, ganaron su gusto y voluntad. Todavía hoy —en los incitantes torneos en que a veces competimos de sobremesa— recuerda Clementina con asombrosa cadencia y fidelidad numerosos pasajes del Romancero del Cid; pongo por caso aquellos en que Jimena pide al rey castellano que la case con Rodrigo Díaz de Vivar, matador de su padre, como reparación de su honra mancillada:

Hacedme, buen rey, justicia,
no me la queráis negar.
Rey que non face justicia
no debiera de reinar,
ni cabalgar en caballo,
ni con la reina folgar,
ni comer pan a manteles
ni menos armas tomar.

Al tiempo que se deleitaba leyendo y escribiendo acerca de las gestas caballerescas e impartía lecciones literarias en la Escuela Nacional Preparatoria, se interesó Clementina por nuestro mundo virreinal, de suerte que su cercanía con los ilustres fundadores del Instituto de Investigaciones Estéticas, de los que muy pronto sería colega y amiga, la hizo interesarse por las manifestaciones del arte novohispano, particularmente de la arquitectura. Conocí a Clementina al momento de aparecer en las publicaciones conmemorativas del Cuarto Centenario de la Universidad Nacional Autónoma de México

su estudio sobre el *Colegio de San Pedro y San Pablo*. No creo poder decir que ella me haya conocido a mí, puesto que yo era apenas un anónimo estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras y ella, en su plenitud juvenil, tenía ya un nombre y un sitio. Pero, aun sin haber intercambiado más que pocas y ocasionales palabras, no olvidé la benigna disposición de su ánimo.

A poco de graduarme en la carrera de Letras, recibí la súbita, inesperada invitación de la Universidad del Zulia, en la Venezuela recién liberada de la dictadura, para echar a andar los programas académicos de una nueva Facultad de Humanidades y Educación. Y allá me fui, seducido por el señuelo de hacer por mí mismo lo que había visto hacer a mis maestros. De modo que, por más de una década, sólo conviví ocasionalmente con mis colegas mexicanos. Cuando volví, en 1972, porque ya me era imposible renunciar a ese pasado en que hallé el segundo fundamento de mi persona, tuve la fortuna de reencontrarme con Clementina. Por más que nos plazca pensar que todo en la vida humana está sujeto a un designio superior que nos dirige y sobrepasa, sabemos bien cuánto dependen del azar y la casualidad las circunstancias en que se tejen nuestras acciones cotidianas: la doctora Beatriz de la Fuente, a la sazón directora del Instituto de Investigaciones Estéticas, me invitó a formar parte de la Comisión Dictaminadora del mismo, del que también era entonces su Secretaria Académica la doctora Elisa García Barragán, sobrina de Clementina y antigua discípula de Myrna, mi esposa. Lo que hasta entonces no había sido más que un reconocimiento o un recuerdo, fue convirtiéndose con el trato frecuente en una amistad que abarca todas las acepciones de ese término: amor y benevolencia, gusto y socorro.

Desde entonces no ha cesado nuestra comunicación cotidiana y desde entonces también se ha ido acrecentando mi admiración por los frutos de su espíritu. No es posible —ni tampoco necesario en el recinto de universitarios que se congregan para manifestarle una vez más a cuánto llega la estima que todos le tenemos— hacer un nuevo recuento de su producción literaria. Para dar apenas una vislumbre de la variedad y magnitud de ésta, sólo me atreveré a copiar un párrafo de la semblanza que escribí a propósito de su designación como Investigadora Emérita de nuestra *alma mater*:



Con Justino Fernández



Con Rubén Bonifaz Nuño

En su etapa de plena madurez intelectual, la obra de doña Clementina multiplica de manera sorprendente sus campos de interés sin abandonar por ello las que ya eran las características de sus primeros trabajos: acuciosa investigación documental, examen ponderado y, como rasgo siempre sobresaliente, la eficacia de un estilo que sabe combinar las complejas evoluciones del discurso conceptual con la espontaneidad sabrosa de la comunicación oral.

Como bien recordarán sus lectores atentos, la obra de Clementina Díaz y de Ovando se despliega en un vasto horizonte artístico e intelectual, y tanto es así que, parodiando el *dictum* clásico, bien podría decirse que nada de lo que atañe a la cultura mexicana le es ajeno. La historia de las instituciones y, en concreto, de nuestra Universidad; la historia de la ciencia, la historia político-económica, la historia y la crítica literarias, no menos que las cuestiones relativas al patrimonio arqueológico de nuestro país y aun a las sorprendentes creaciones culinarias, que son sabroso y colorido testimonio de las excelencias a que pueden llegar los mestizajes sustanciales y que acaban constituyendo un amplio y riquísimo panorama de lo más relevante y esencial de nuestro pasado y, en particular, de las múltiples facetas del México decimonónico que ella ha sabido cardar y tejer como nadie.

Pero hoy, aunque tenemos a la vista un nuevo libro suyo (*Invitación al baile*) en el cual campean —como

siempre— la erudición y la gracia, celebramos el cumplimiento y la continuidad de toda una vida magníficamente dedicada al estudio y a la escritura. Casi parecería un recurso vulgar el que yo me atreviese a parangonar su caso con el de sor Juana Inés de la Cruz, y lo sería, sin duda, si debajo de ese tópico manido no existiera entre la sabia monja novohispana y la sapiente investigadora de nuestros días una comunidad sustancial. Aquella deseó cumplir en su tiempo el imposible proyecto de llegar a lo más alto del conocimiento humano, rodeada como estuvo de los feroces prejuicios contra el desempeño intelectual de las mujeres; si hubiese vivido hoy habría tenido y gozado las ventajas que nuestro tiempo, pero sobre todo nuestra Universidad, han otorgado a las mujeres que, como a Clementina Díaz y de Ovando, no les ha sido impuesta la renuncia a la más cara de sus ambiciones: la creación de una obra historiográfica y crítica que, rastreando en las ocultas fuentes del pasado, ilumina las causas de nuestro ser nacional.

Sostienen los adeptos a la numerología que el nueve es la cifra de la triple perfección, porque si el tres se lee como la síntesis espiritual de los mundos creados, esto es, como la resolución del conflicto planteado por la contraposición de lo perfecto con lo corruptible, el nueve resulta ser el símbolo de la unidad, la reconciliación y la salud. Este año cumple Clementina noventa años de vida fecunda; noventa asombrosos años en que su espíritu ha ejercido sin pausa los más altos dones de la humanidad: la sabiduría, la bondad y el amor.